

R. 2070813



R 180720
MINISTERIO DE LA GOBERNACION
DIRECCION GENERAL DE SANIDAD

SECCION DE PUERICULTURA, MATERNOLOGIA E HIGIENE ESCOLAR

C. 2257 6

DEONTOLOGIA DEL PARTO SIN DOLOR

POR EL DOCTOR

FRANCISCO LUQUE BELTRAN



PUBLICACIONES "AL SERVICIO DE ESPAÑA Y DEL NIÑO ESPAÑOL"

Número 162

AGOSTO, 1951

618.4:614.253

618.4-059

DEONTOLOGIA DEL PARTO SIN DOLOR

POR EL DOCTOR

FRANCISCO LUQUE BELTRAN

Yo bien quisiera que ahora, de pronto, mi voz tuviese valor y ámbito de universo, para así poder cuajar, en una fecunda e irrefragable realidad de hechos concretos, esta dolorosa realidad de un sistemático e incontrolado acatamiento al dolor de la mujer próxima a la gloria de la maternidad.

Desde el principio de los siglos, el hombre fué huyendo de todos los dolores. Primero, a fuerza de conjuros y secretos mágicos de hierbas propicias; después, a fuerza de oraciones y de anestésicos elaborados en el profundo secreto de la Química moderna. Rehuyó todos los dolores; pero uno, entre todos, quedó intacto, intocable e inasequible a todo intento de remedio... Era como si este dolor fuese el umbral de un misterio impenetrable; el «sanctum sanctorum» en donde ni aún los elegidos podían penetrar...

En el lento fluir de los días, tras el primer balbuceo, en conocimiento y experiencia de vida, el hombre se aupó en el corcel de su comprensión naciente e inteligente, y fué haciendo, con trozos de experiencia, realidades de ciencia... Pero acaso, por no saber ni poder hallar el remedio para el dolor de morir, no se atrevió a enfrentarse con el dolor de nacer... Y así, el dolor, viejo como el mundo, fué, potente y omnímodo, el compañero inseparable del nacimiento y de la muerte...

Primero, de las sombras espesas, había surgido la materia inerte. Precisa, sin moldes, con amplitud cósmica... Después fué

la materia viva, armoniosa, lenta y frágil... Seres perdidos en el átomo con aleteos de vida; células suspendidas en el aire espeso y caliente de los primeros días del mundo, o hundidas en las aguas saladas de los océanos profundos; seres invisibles a fuerza de pequeñez, perdidos en la noche de los tiempos, sin contornos definidos, guiñando sus ojos de sombra a la vida naciente; sueño y realidad de un designio divino e impenetrable, que cuajó, rompiendo moldes y creando fronteras, en una forma de orden superior, concreta, definitiva, que sentía y conocía al Creador de todo lo animado... Pero con este surgir del hombre a la luz, el Dolor se hizo presencia y potencia... Dolor de alma y dolor de cuerpo. Dolor de miedo a las noches espesas y profundas y a la luna, madre de maleficios con su luz de plata; y dolor de la mordedura de los hielos, de las bestias y de los hombres... Dolor sin fronteras y sin defensas posibles... Pero, aupado en el corcel de su comprensión naciente e inteligente, el hombre tendió un puente sobre el abismo de los siglos que nacían, hasta este siglo nuestro, millonario de revelaciones e innovaciones; puente de milagro, por el que fueron pasando, en una extraña mezcla de leyendas y supersticiones, todos los adelantos de la Medicina. Pero fué éste un caminar lento, premioso, lleno de baches y curvas... Todas las ciencias galopaban precisas y exactas. La Astrología, base y norma de la Astronomía, que nos acercó mundos perdidos en la inmensidad; la Mecánica, norma y guía del Tiempo y del Espacio; la Física, corazón de la Química moderna, descubridora de propiedades desconocidas en los cuerpos sujetos al infinito vaivén de todo lo creado... Trilogía de valores perfilados en un lenguaje conciso, matemático, de un elegante trazo sin titubeos... Cálculos e hipótesis en persecución permanente de realidades positivas. Lo abstracto y cuantitativo, cabalgando sobre ecuaciones y símbolos, puso en el lento fluir de los siglos la supremacía del hombre como entidad ordenadora. Y así surgieron pesos y medidas; ses fabricaron dimensiones, se clasificaron fenómenos y se barajaron cantidades... Todo con precisión matemática, exacta, sin vaivenes... Pero una ciencia entre todas, y la primera de todas, fué lenta en su progresión, inconstante; *tabú*, al que sólo

se acercaban los sacerdotes surgidos y elegidos en el tumulto del dolor humano, los que más tarde, jurando «por Apolo, médico; por Esculapio, Higías y Panaceas», habían de izar la bandera de un Imperio naciente, bajo el mágico saber del viejo isleño de Cos, guía y maestro de toda nuestra ciencia médica de hoy, Hipócrates, que sentó bases y marcó caminos; mas el avance sobre éstos fué lento, pausado... La Ciencia del conocimiento del hombre, como un barco en derrota sobre un mar turbulento, rota la flor del timón y desimantada la brújula, cambia constantemente de posición. O avanza a lentas bordadas, o cabalga sobre el lomo de una espumeante ola, como queriendo alcanzar la revelación de todo lo creado, o se queda al paio, mansamente quieto, dejando hacer al viento y al mar...

Hay una frase en Carrell que abarca y recorta con precisión de incontrovertible fuerza la posición del hombre frente al conocimiento de sí mismo: «El hombre, tal como lo conocen los especialistas, está lejos de ser el hombre concreto, el hombre real. No es sino un esquema, compuesto de otros esquemas contruídos por las técnicas de cada ciencia. Es, al mismo tiempo, el cadáver disecado por los anatómicos, la conciencia observada por los psicólogos y los grandes maestros de la vida espiritual, y la personalidad que la introspección revela a cada uno, latente en las profundidades de sí mismo...».

Nómada del placer y del dolor en el intrincado bosque de la vida, el hombre avanza, sobre los siglos de los siglos, por ese puente que fabricó su inteligente observación y afán de superación, lleno de ecuaciones convergentes hacia una realidad inapresable... Cantidades iguales para coeficientes diversos. Mezcla de cantidades elevadas a la suma potencia, que siempre dan sumas desconocidas... Y así, una y otra vez, en busca del gran secreto del principio y del fin de la vida. Y una y otra vez así, en busca de la anulación del dolor, ya que no de la muerte...

La Historia del dolor es pareja a la Historia de la Humanidad. Viejo como los mismos orígenes de la vida, y nuevo como el primer vagido angustioso del niño que nace, abarca todos los matices y atraviesa todas las fronteras. Rompe moldes por el solo



placer de volverlos a construir, con una vieja y extraña uniformidad, que siempre parece nueva. Pero frente a este su poder omnímodo e ineludible, el hombre, con armas recogidas al azar en su ciencia de vida, lo acorrala una y otra vez. Mas siempre se detiene en un punto concreto; casi goza con esta porción intocable, como si en ella y por ella fuesen perdonadas todas sus claudicaciones frente al poder del mal; sus gozosos acatamientos ante el enemigo de su cuerpo y de su alma... Porque el Hombre, al conocer la voz dura e inflexible de su Creador, sintió en su corazón cuajarse todo el poder del mal, el gozo de saborear las cosas prohibidas; se sintió inundado de instintos poderosos, muy contrarios a sus días paradisiacos antes de la revelación del mal. En su soledad primera, cuatro ríos centraban sus ansias de infinito: Pisón, Gihón, Hiddekel y Eufrates. Cuatro ríos en una paradisiaca armonía vibrante y soleada. Pero el Creador de la materia inerte y de las formas vivas y frágiles, ante su última creación, la halló incompleta... Y entonces, surgió en él el primer anestesador y el primer operador: «Y Jehová Dios, hizo caer sueño sobre Adán y éste se quedó dormido. Entonces tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar...». Fué ésta, sin duda, la primera anulación del dolor en la vida del hombre. Anulación del dolor en su alma y en su carne, de la que iba a surgir un nuevo ser: La Varona, carne y alma de Varón... Pero luego, con el conocimiento del mal; con el placer y gozo de las cosas prohibidas, un dolor quedó sin búsqueda de alivio entre todos los dolores: el dolor de la maternidad. Jehová Dios había dicho al hombre cuando el gozo del mal anidó en su corazón, cuando se sintió Dios en su conocimiento del mal y del bien: «Maldita será la tierra por amor de ti y con dolor comerás de ella todos los días de tu vida...». Esto dijo Dios al hombre. Y a la mujer dijo: «Con dolor parirás tus hijos...». La primera maldición divina fué susceptible de interpretación; pero no así la maldición a la mujer... Desde las más remotas civilizaciones viene a nosotros la lucha del hombre contra este dolor impuesto por Dios y contra todos los dolores que el conocimiento del bien y del mal le otorgó. Pero ese otro dolor, el dolor de la maternidad, quedó intacto,

único, intocable, como si en él radicase la defensa de las claudicaciones de la Humanidad, el perdón de sus caídas en indignidad y pecado... Pero si la tierra jamás volverá a ser como fué antes; si con la evolución de las ideas cambian las formas de la vida; si la misma Iglesia, perfecta y justa, infalible en sus dogmas y sabia en sus concepciones, sigue las rutas de la ciencia y abre compuertas de gracia y comprensión a innovaciones que ayer parecían un mal, ¿cómo negar a la mujer la gracia de un parto sin dolor?

Todas las formas de la vida animada, aun siendo variables y efímeras en el pasar del Tiempo, tienen valor de eternidad, por ser revelaciones permanentes de la armonía inextinguible del Supremo Hacedor. Pero, ¿puede haber armonía en la mujer en pleno dolor de parto? ¿Puede sentir la gracia de Dios si la armonía del hijo a punto de nacer es sólo como la mordedura de un lobo que la hiere las entrañas?

→ En mis largos años de práctica ginecológica, en los cientos y miles de partos a que asistí, vi muchas veces, o adiviné, una sorda desesperación en los ojos desorbitados de angustia. Gritos, desesperación, maldiciones a flor de labios, mezcladas con invocaciones de gracia y alivio... Pero no era sólo eso; era el doble mal que venía después; era la huída sistemática de la maternidad, de cientos de mujeres capaces de crear una familia sana y fuerte... Por mi consulta fueron innumerables las mujeres que pasaron buscando un remedio, que ni mi ciencia, ni mi deber profesional me permitieron concederles, para lo que ellas llamaban su desgracia de tener hijos. La corona de la maternidad y la gracia de un hijo, se les antojaban palabras huecas, sin sentido, frente a la realidad del dolor de parto. ¿Un hijo? Bueno. Dos, quizá... Pero ya no más. Y tras esto, las prácticas anticoncepcionales; los abortos provocados; los actos antinaturales manchando y profanando la gracia del matrimonio...

Todo esto día a día vivido, y sentido y pulsado, hora a hora, fué poniendo en mi corazón un gran afán de alivio para los dolores de la mujer en trance de madre. Buceé en los Libros Santos; me adentré en el corazón de la Iglesia buscando fórmulas; seguí la vida de los médicos santos y de los santos místicos y siem-

pre hallé una razón para la atenuación del dolor en todas sus manifestaciones. Y así, a lo largo de muchos años de práctica ginecológica y de mucho buscar razones que afirmasen y fortalecieran mis razones para atenuar el dolor en el parto, llegué a la conclusión definitiva de que la anestesia obstétrica es no sólo lícita, sino una obligación por parte del médico; obligación medida y valuada científica y cristianamente y que viene a ser el triunfo definitivo para la salvaguardia de valores inviolables en el juego específico del matrimonio y de la continuidad de la raza.

Sólo la negativa de la mujer en trance de ser madre puede y debe dispensar al médico de su acción aliviadora. Negativa ésta consciente y razonada, después de su derecho a ser madre sin dolor, pero nunca sujeta a una falsa interpretación de hechos que la misma Iglesia mira hoy a tono de las exigencias de la Ciencia moderna. Porque frente al acatamiento de la maldición divina, se impone, con doble fuerza, el miedo al dolor del parto, que trae consigo el frecuente mal uso de las funciones específicas señaladas antes, y como consecuencia inmediata, la restricción de la maternidad, doble falta que la supuesta falta de eludir el dolor mencionado en las Sagradas Escrituras.

Estas mismas o parecidas palabras pronuncié hace tres meses en Barcelona, en una brevísima charla dada con motivo del III Congreso Hispano Portugués de Ginecología. Y hoy, como entonces, mi posición es firme y recta. Sin titubeos, sin baches; posición que es como un grito de alerta frente a un problema que afecta a las almas y a los pueblos...

Nosotros, los médicos, somos un poco confesores y más cuando el peso de los años empieza a curvar de cansancio nuestros hombros. Y en el confesionario que es nuestra clínica, las almas se desnudan, como se desnudan los cuerpos enfermos. ¡Y es tanta la miseria que pasa, tanto el dolor recogido!

Hace unos años, un eminente hombre de ciencia francés, doctor Henri Bon, en un libro magistral, Medicina Católica, visado y autorizado por la Iglesia, vino a dar un golpe de gracia afianzando la fuerza de nuestra posición. Borda problemas deontológicos con sabiduría plena y con plena bondad y dice así al llegar al tema de la anestesia en el parto; «... para el médico cristiano,

su actitud frente al sufrimiento le está dictada por un deber de caridad y un deber profesional: aliviar». Es bastante curioso ver que esta verdad elemental haya podido ser discutida por autores, quizá menos imbuídos de una verdadera convicción del carácter obligatorio del dolor mencionado en las Sagradas Escrituras, que *laudatores temporis acti*, y retrocedan ante la adaptación de una idea nueva. Su rigidez es, además, tanto más exigente cuanto más el dolor en cuestión les concierne menos. «Comerás el pan con el sudor de tu frente», es susceptible de interpretación, pero «Parirás con dolor», no lo es, y el empleo de la anestesia en el parto ha sido y es el gran escándalo de esos «farouches», que no son, evidentemente, mujeres. Pero en esta cuestión no es permitida ninguna duda...» «La anestesia obstétrica en la medida que no pueda perjudicar a la madre ni al niño, es, no solamente lícita, sino un deber para el médico cristiano.» «Pues hay en juego aún más que el interés de la paciente: está su vida moral, está la vida moral de su consorte, hay la posible existencia de nuevas criaturas de Dios... Una de las mayores causas de la restricción de nacimientos y del mal uso del matrimonio, es, sin duda, el miedo a los dolores de parto; miedo sentido, evidentemente, por la mujer, pero con mucha frecuencia experimentado por el marido, que no quiere sufrimiento para aquella que ama, tanto más cuanto que este sufrimiento se le aparece, precisamente, como el precio del placer de él...» «Es preciso considerar que con todos los suavizamientos de la vida moderna; con el empleo de la anestesia para todas las intervenciones, hasta las más mínimas, hay una gran disminución de actitud de entrenamiento al sufrimiento.» «El médico tocólogo tiene, pues, un papel de primer orden en el porvenir de la raza y de las familias...» «Así, los médicos cristianos deben poner toda su ciencia, todo su celo, todos sus esfuerzos para que se realice el parto sin dolor...»

Palabras sabias y profundas que nadie puede discutir, porque tienen voz de ciencia y experiencia y porque las avala la misma Iglesia por medio de sus censores.

Pero con más valor aún que esto, con más fuerza, con voz definitiva, porque es voz en gracia de Dios, S. S. el Papa Pío XII, en su discurso del 29 de septiembre de 1949 a los médicos católicos,

viene a poner una rúbrica de maravilla al problema expuesto: «Como ginecólogo, el médico se esfuerza en atenuar los dolores del parto, sin embargo, sin exponer la salud de la madre y del infante, y sin exponerse a alterar los sentimientos de ternura maternal de la madre al recién nacido...» Palabras perfectas, de sencilla interpretación; palabras de conformidad hacia la atenuación del dolor en el parto... ¿Cabe más, señores, para centrar el problema, en un cauce normal, sin discusiones, ni falsas o cómodas interpretaciones? Porque no caben posiciones de falso puritanismo, frente a una dolorosa realidad de madres en fallo a fuerza de huir del dolor, ni el encerrarse en una árida Teología, cuando la voz de Dios es blanda y suave y florece en perdones y esplendores de divina gracia... La gran unión del pensar y del ser, del mundo y de Dios, nace, precisamente, de la comprensión. Y la mujer, madre o virgen, precisa comprensión, precisa alcanzar su puesto en el gran concierto de la vida empujada en huída del dolor...

Sacerdotes de una ciencia de vida, una de nuestras misiones más sagradas es la de poner calor y armonía en cada vida que nace. Gozo en los ojos de la mujer próxima a acunar en sus brazos la gloria del hijo. Comprensión sin sombras, de la trascendencia de su sagrada misión. Que la madre presa en dolores de muerte, mal puede estar a punto para glorificar la gracia de Dios hecha vida en sus entrañas. Y aunque sólo fuera esto, ya debería bastarnos para intentar la anulación o atenuación de los dolores de parto. Anulación o atenuación del dolor, pero sin que enturbie la claridad de la mente. Adormecer el dolor, pero no la sensación del dolor, aunque quede el dolor. Porque la madre debe seguir todo el curso de la vida del hijo próximo a romper la cárcel de sus entrañas. Segundos como miriadas de siglos de emoción. Sin dolor, con una auténtica dicha y una clara comprensión de la divina gracia... Y para esto, para la consecución de este fin, no es la anestesia total, con su corte de modalidades diversas, la que se impone, sino la analgesia. No podemos ni debemos consentir a la mujer desmadejada en la anulación total de su voluntad y de su comprensión, sino saberla despierta y alerta frente a su sagrada misión.

En toda la historia de la anestesia, desde los primeros tiempos en que la mandrágora, flor de amor y de ensueño, imponía su soberanía mística y sensual sobre cien plantas diversas propicias al sueño, nunca la Ciencia logró esta perfección en la atenuación del dolor. El dolor no es un mal, sino un síntoma de mal; el vigía permanente pronto a dar su grito da alerta ante el menor atisbo de que el mal intente herirnos. Pero si la maternidad no es un mal, menos razón tiene de ser el dolor... Y acaso esto mismo fué lo que empujó a Simpson a la busca del anestésico ideal. Antes habían sido Long, Wells, Jackson, Morton... Mucho más antes aún, por querer anular el dolor del parto, Euphanie Maclayne se vió condenada a la hoguera. Pero trescientos años después, Simpson conseguía el primer parto sin dolor. Ya el camino estaba trazado; un camino débil, zigzagueante, pero que nos permitió llegar a esta amplitud y rectitud de hoy, a esta perfección sin baches. Porque los baches sólo pueden venir de un descuido que el médico no puede permitirse jamás. Con un control perfecto sobre el organismo de la mujer, todo accidente está descartado. Vigilancia suma y suma perfección hasta en los más pequeños detalles. Elección cuidadosa del analgésico a emplear. Control, segundo a segundo, de las menores reacciones de la madre y del hijo... Y la vida, a punto de surgir, será como un caudal ancho y rumbroso de armonía perfecta...

Después de haber hecho un cuidadoso estudio de todos los anestésicos fabricados y empleados desde la más remota antigüedad, bien pudiera ahora presentar a ustedes un documentado estudio del valor señalado de muchos de ellos. Pero acaso se hiciese demasiado larga la disertación, pese a su interés científico. Por eso no voy a detenerme ante ninguno en particular, ya que en realidad, la elección depende del momento y de las condiciones físicas de la paciente. Pero sí me permito señalar el interés de la analgesia sobre la anestesia. Una y otra son disparejas, y sus misiones, inversas.

✱ Despiertos sus sentidos, pero anulado su dolor, la mujer puede percibir, con toda intensidad, la sublimidad de su estado; puede glorificarse, sin sombras ni desesperaciones, ante la dicha conce-

dida en pago de amor, y ser, despierta y alerta, la fiel guardadora de un secreto de continuidad y de superación.

La anestesia supone una anulación total de la sensación y percepción del dolor. Supone una extática quietud de los sentidos; un sueño parecido a la muerte en el que todo se borra, pierde contornos y es sólo una sombra espesa... La vida a punto de surgir, sigue su curso, cobra del cuerpo materno, a través de la placenta, bríos para el salto final que ha de situarla en el Espacio y en el Tiempo.

Partiendo de la célula única, millones de células han formado una heterogénea forma a punto de iniciar su propio vivir. La primaria simplicidad de la célula base, es ya un todo complejo bajo una estructura armónica... Pero los ojos que soñaron durante nueve largos meses con esta armonía final, están velados y dormido el corazón rebosante de ternura. Fármacos de sueño se mezclaron a la sangre y anularon la armonía perfecta de los centros nerviosos... La analgesia, por el contrario, no enturbia el poder de la conciencia. Se anula o suaviza el dolor, pero queda el quinteto de los sentidos, a punto de iniciar, en crescendo agudísimo, la marcha triunfal de un sueño de amor cuajado en una gloriosa forma viva... La mujer, en este supremo instante, se siente un poco Dios. El dolor no enturbia sus facultades, ni el sueño desvanece su percepción de la vida...

Es éste un supremo instante que no podemos negar a la mujer. No pueden ni deben enturbiarlo el dolor o el sueño... Plena, consciente de su papel jerárquico en el porvenir de la raza, la mujer-madre, alcanzará altura de estrellas, y el miedo al dolor impuesto por Jehová Dios, se trocará en un gozoso e íntimo canto de gloria al Sumo Hacedor de todo lo creado.

RESUMEN

En esa milenaria vejez del dolor, en esa su eterna y mayestática pervivencia, que rige toda la vida animada desde los primeros seres que saltaron de las sombras, sin contornos definidos, hasta esta nuestra forma de orden superior, concreta y definitiva, hallamos el dolor del parto como la fórmula mágica por excelencia para aquilatar y alargar, por los siglos de los siglos, la voz divina que maldijo: «Parirás tus hijos con dolor». A lo largo de la vida todos los dolores pudieron ser atenuados o suprimidos, incluso ese mismo, parejo al mandato divino a la mujer, que condenó al hombre: «Comerás el pan con el sudor de tu frente». Pero el dolor del parto quedó intacto, intocable, como la única voz de Dios de eterna resonancia, que ningún poder podía suprimir. Pero ¿era esto justo frente a la supresión o atenuación de todos los otros dolores impuestos al hombre desde los primeros días del mundo?

El doctor Luque, en un ensayo de impecable factura, barajando ecuaciones y símbolos —alarde de conocimientos filosóficos y teológicos, empapados en la ciencia del conocimiento del hombre— plantea el problema de la obligación del médico ginecólogo, para la supresión de ese dolor que el hombre, acaso por no sufrirlo él mismo, ha dejado intacto... El doctor Luque se basa en experiencia y en hechos concretos, en el orden científico. En el orden espiritual, interpretando fielmente la voz de la Iglesia de Cristo, que habla por boca de S. S. el Papa Pío XII, cuyas palabras copia, abre un ancho camino millonario de bellas sugerencias, por el que la mujer-madre, atenuado o suprimido su dolor de parto, con todos sus sentidos alerta frente a la grandeza de su misión procreadora —y aquí esboza la ventaja de la analgesia, que anula el dolor sin dormir la voluntad, sobre la anestesia que anula la voluntad y dolor—, pueda alcanzar, plena y conscientemente de su papel jerárquico en el porvenir de la raza, altura de estrellas, y el miedo al dolor del parto ser un gozoso e íntimo canto de gloria al Hacedor de todo lo creado.

SUMMARY

In this millenary old age of pain, in this its eternal and majestic survivalship which rules all the animated life, since the early beings snapping from shades, without definite outlines, until this our concrete, definitive, upperordered shape, we found the childbirth pain as the par excellence magic formula for assay and lengthen,

forever and ever, the divine voice saying «With pain thou shall bring forth yoursons». Throughout life, all pains could be alleviated or suppressed, including this one, even to divine mandate to woman, which damned the man: «With sweat of your forehead thou shall eat your bread». But labor pains remained untouched, seeming the voice of God, of eternal resonance which no power might suppress. Was this just face to face of suppression or alleviation of all the other pains imposed over mankind since the early days of world?

The A., in a essay of impeccable handling, wielding equations and symbols —proof of philosophical and theologic knowledges imbedded in the science of understanding man— settles the problem on duty of gynaecologist physician for suppression of this pain which men —perhaps owing to no suffering themselves— left untouched. The A. is based on experiences and concrete facts within the scientific order. With regard to spiritual order, interpreting faithfully the voice of Christ's Church speaking by the mouth of H. H. Pope Pius XII —whose words copies— opens a broad way, millionaire of fair suggestions, through which the woman-mother, alleviated or suppressed her throes of childbirth, alert all her senses toward the grandeeship of her procreating mission —and here sketches the advantage of analgesia, abolishing pain without sleeping will, on anesthesia which does abolish both together—, may reach full and conscious of her hierarchical rôle in the future of race, summits of stars, and the fear to labor pains shall be changed in a cheerful and intimate song of glory to the Maker of all the created.

ZUSAMMENFASSUNG

Die Geburtsschmerzen bestehen seit Jahrtausenden in der animalen Welt, sowohl in den ersten Lebewesen, als bis hinein in die heutige Zeit. Es ist der Schmerz, den der Allmächtige über die Menschheit verhängte, als Er sprach: «In Schmerzen sollst du gebären». Mit den Jahren wurde es möglich, alle Schmerzen zu beheben, oder zumindest zu mildern. Nur die Geburtsschmerzen blieben lange weiter bestehen, gleich einer Verdammung, die keine Macht verhindern konnte. Es ist jedoch fraglich, ob dieser Umstand eine Rechtfertigung hat, wo doch alle anderen Schmerzen welche dem Menschen seit Weltenbeginn beschieden, Linderung fanden.

In einem hervorragendem Aufsatz, mit philosophischen und theologischen Kenntnissen durchprägt, stellt Dr. Luque dem Gynäkologen das Problem der Beseitigung der Geburtsschmerzen. Seiner Meinung nach, ist es wohl möglich, dass diese Schmerzen solange

nicht in Angriff genommen wurden, weil sie nicht dem Manne, sondern dem Weibe beschieden sind...

Dr. Luque behandelt das Problem an Hand wissenschaftlicher und experimenteller Daten. Im geistigen Domän legt er wahrheitsgemäss die Stimme der Kirche Christi aus, von Papst Pío XII vertreten, dessen Worte im Aufsatz zitiert werden. Es besteht ein vorteilhafter Unterschied zwischen der Analgäsie und der Narkose im Sinne, dass mit der ersteren der Schmerz gestillt wird, ohne den Willen in Mitleidenschaft zu ziehen, während durch letztersowohl der Schmerz als auch der Wille ausgeschaltet werden. Auf diese Weise ist der Frau, die Mutter wird, ein neuer, leichter Weg eröffnet. Sie bleibt sich ihrer grossen Mission der Fortpflanzung bewusst und die alte Angst vor den Geburtschmerzen wandelt sich in eine Hymne der Preisung des Erschöpfers.

